

“Nos fueron a México” Jóvenes conosureños y procesos migratorios

Estela TROYA*
Florence ROSEMBERG**

*Así uno va fundando las patrias interinas
segundas patrias siempre fueron buenas
cuando no nos padecen ni nos compadecen
simplemente nos hacen un lugar junto al fuego
y nos ayudan a mirar las llamas
porque saben que en ellas vemos nombres y bocas*

Mario Benedetti

Resumen

El artículo que se presenta a continuación pone de manifiesto algunos resultados de una investigación llevada a cabo en cuatro países de América Latina: Chile, El Salvador, Nicaragua y México, cuyo objetivo fue el de capacitar interventores en salud mental para trabajar con refugiados, repatriados y exiliados.

La investigación se llevó a cabo mediante el trabajo en grupo. Catorce fueron los grupos en los que se intervino; estos, estaban compuestos por jóvenes de ambos sexos, con los que se llevaron a cabo tres sesiones. Este trabajo fue respaldado por la Fundación alemana Bundstift que trabaja por los derechos humanos en el cono sur.

Abstract

The article that follows shows some of the results of research conducted in four Latin American countries: Chile, El Salvador, Nicaragua and Mexico and whose objective was to train mental health workers to work with refugees, repatriated people and people in exile.

The research was carried out by means of group work. There were fourteen groups with whom the work was conducted. These were composed of young people of both genders and were carried out over three sessions. This work was supported by the German foundation "Bundstift" which works for human rights in the Southern Cone.

Este trabajo es producto de una investigación que se realizó con el propósito de obtener información que permitiera capacitar a interventores en salud mental para trabajar con refugiados, repatriados y exiliados en países de América Latina;

el interés central eran las problemáticas de la juventud.

Fue un trabajo colectivo entre cuatro países: Chile, El Salvador, Nicaragua y México y estuvo respaldado por Bundstift, fundación alemana que trabaja en derechos humanos en Améri-

* Psicóloga y Terapeuta Familiar. Fundadora del ILEF (Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia).

** Psicóloga y Terapeuta Familiar. Miembro del ILEF.

ca Latina, Asia y Africa. Aquí sólo expondremos algunos resultados relacionados con el Cono sur.

El fin del siglo pasado y los comienzos del presente han estado signados por una producción masiva de migraciones forzadas de consecuencias tremendas y terribles. En los años sesenta y setenta los golpes de estado y las dictaduras expulsaron a miles de personas en cuestión de días; después de los ochenta, las guerras centroamericanas lo hicieron de la misma manera. Hoy encontramos en todo el globo poblaciones hambrientas que buscan el sustento fuera de sus fronteras. Son también refugiados de la miseria, la pobreza, la inequidad.

Hay dos aspectos posibles en las migraciones: una es la faz heroica y romántica en el sentido que tiene la aureola de la aventura, el proyecto compartido de algo mejor, esfuerzos y luchas recompensadas, apertura a nuevas circunstancias y conocimientos. Así, hombres y mujeres pueden ser percibidos como héroes, propuestos como modelos humanos positivos, con posibilidades de adaptación y creatividad. La otra, trágica, corresponde a las migraciones forzadas, detonadas por guerras, invasiones, persecuciones, con sus secuelas de desplazamientos masivos, hambre y desestructuración personal y colectiva. La mayoría de estos migrantes quedan en un estado de marginalidad, estigma, violencia y explotación.

Pareciera que en la actualidad no quedan casi alternativas de migrar según la manera heroico-romántica. La segunda, mayoritaria, suscita en los países receptores forzados el desen-

cadamiento de los *demonios*: racismo y xenofobia.

La unidad básica de investigación fue el grupo. Trabajamos con tres grupos de jóvenes conosureños (chilenos, argentinos y uruguayos) compuestos por número similar de hombres y mujeres, catorce en total. Con cada uno de ellos realizamos tres sesiones de, aproximadamente, tres horas de duración. Todas fueron íntegramente registradas en audio, y parcialmente en video.

Estos jóvenes son hijos de profesionales de clase media-media. Llegaron de niños al P.R. (país receptor, México) o nacieron en él. Ninguno de ellos sufrió la pérdida de alguno de los padres o un hermano, aunque sí de miembros de la familia extensa o amigos cercanos. En algunos casos, los padres sufrieron prisión o estuvieron largo tiempo en la clandestinidad.

Diez años antes de que realizáramos la investigación, ante las “aperturas democráticas” en los países del Cono Sur, que posibilitaban el regreso legal a los migrantes, éstos se encontraban ante la disyuntiva de permanecer en el P.R. o regresar al P.O. (país de origen).

En el momento en que tomamos contacto con ellos encontramos diferencias respecto al porqué permanecían en el P.R.:

1. Optaron individualmente por no regresar al P.O., lo cual determinó la separación de sus familias que sí lo hicieron.
2. Toda la familia optó por no regresar.
3. La familia entera regresó al P.O. y luego, individualmente, ellos decidieron volver a México.

4. La familia regresó al P.O. y luego, la familia en su totalidad decidió volver a México.

Decidimos comenzar la conversación grupal haciendo preguntas generales que pudieran denotar respuestas en imágenes, de contenido ideativo-afectivo. Preguntamos: "¿Qué imágenes y sentimientos les sugiere la palabra *tierra*?". Luego hicimos lo mismo con las palabras *patria* y *nación*.

La idea y el sentimiento de *patria* aparece como cosas concretas en relación con el pasado, tanto personal como de la familia, no como experiencia vivida por ellos mismos sino como algo que se les legó en la infancia. Es significativo que no está asociada a símbolos patrios (bandera, himno, escudo, fechas o héroes nacionales) sino a situaciones y vínculos familiares y muy particularmente a paisajes y geografía específicos: lugares, árboles singularizados, calles, esquinas, ferrocarriles, la mesa del comedor de la tía o de la abuela.

Tal vez, por la edad en que fueron partícipes de tales situaciones aprendieron y aprehendieron conjuntos, totalidades, pero no los significados simbólicos o la dimensión de los hechos político-históricos de lo que se representaba. El hecho es que estos recortes o parcialidades (escenas totales para ellos) están vívidamente cargados de emociones y significados que remiten a relaciones de pertenencia, intensas y significativas con el pasado y con la infancia primera. A todos nuestros entrevistados les daba muchísimo gusto extenderse y compartir estos recuerdos. Tal vez porque a todas las personas nos gusta encontrar

un contexto afectivo compartido en el cual verter recuerdos y emociones infantiles; a ello se suma la falta de posibilidades para crear un contexto adecuado con pares para este tipo de experiencias.

Una de las formas simbólicas que mejor y con más frecuencia expresan estos contenidos (ideas y afectos) en relación con la patria es la imagen de las abuelas, en particular las maternas. Estas imágenes son vinculares, es decir, que se ven a sí mismos interactuando con ellas, no reflejan una foto fija de la abuela. Conservan de ellos vívidas imágenes como de video en las que se condensa la vitalidad y la solidez de lo que se percibe como inamovible. Estas imágenes no son significativas por la calidad específica de la persona (de la abuela), más bien los son por compartir características de lo mítico fundacional y de origen. Tal vez este "arranque mítico" en dos generaciones ascendentes, y no más allá, tenga que ver con que muchos de estos abuelos fueron, ellos mismos, migrantes, o primera generación de pobladores en el Cono Sur. Y nuestros jóvenes entrevistados son sus descendientes en tercera o cuarta generación.

La palabra *tierra*, por su parte, los remitió inmediatamente a imágenes proyectivas en relación al futuro. Esta es una tierra de "expresión de deseos", por tanto, idealizada y fija. Forma parte de este deseo "que la tierra no se mueva", que sea estable y predecible. Es el mundo donde van a estar cuando, finalmente, sean grandes y autónomos. Imágenes intensas en cuanto a afectos, pero poco definidas en

cuanto al cómo, dónde con quién, cuándo y por cuánto tiempo. Si esto es así, es claro que esta tierra del futuro no estará poblada por la familia y menos aún por la familia de origen; no es una tierra de connacionales o de gentes que hayan partido del mismo lugar; eventualmente sería una tierra colectiva, poblada por pares, por otros "bichos raros" que compartan sentimientos, vivencias y aspiraciones comunes.

A su vez, el presente desde el cual se proyectan contiene zonas de indefinición en términos de identidad:

- a) Una corresponde a su edad y momento evolutivo y
- b) Otra, al momento actual del proceso de síntesis de los diversos componentes de su identidad nacional y cultural.

La cultura nacional de P.O. se confunde con las costumbres y normas imperantes en sus respectivas familias de origen.

En los procesos de migración se da un fenómeno de congelamiento o estiramiento del tiempo que se expresa en particular por el intenso mantenimiento de los hábitos y usos que trajeron del P.O. como parte de su vida cotidiana y su cosmovisión: vestidos, comidas, formas coloquiales del lenguaje, organización del tiempo libre, manejo del dinero, actitud, uso de lo gestual y del cuerpo.

Estos jóvenes participaron de una vivencia sociocultural sincrética en la infancia y primera adolescencia, tanto en el P.O. como en el P.R., de ahí que crean que "la forma de ser" de sus familias es la forma del "ser nacional".

A partir de ahí acuñamos el concepto de "familia extensa idealizada a

posteriori" para explicar cómo desde la situación de exilio o de migración se construye la familia-comunidad que, idealizada en el sentido positivo, condensa lo deseable, añorado, perdido y lejano. Si estuvieran allá tal vez visitarían a la abuela cada siete meses. Pero al estar aquí ella adquiere, y se le adscriben, características y cualidades que no le pertenecen. Como si la abuela rezumara y, a la vez absorbiera, las especificaciones inefables de las características del ecosistema al cual perteneció. Todo esto, desde el exilado, está visto y puesto en la familia de origen (tal vez, también en otros grupos de pares de pertenencia muy intensa).

Dijimos que equiparan la cultura familiar con la nacional. Esto es posible gracias al intento propositivo e inconsciente de los padres de mantener la pertenencia al P.O., perseverando en el mantenimiento de los usos y costumbres de la familia aun después de muchos años de estancia en el P.R.

Por su parte México, como significado, tiene una doble referencia. En primer lugar, es el sitio al que se consiguió arribar para escapar de la muerte, la persecución, la inseguridad de diferentes tipos, el miedo y la violencia. Por lo tanto, se lo asocia con todo eso; no es la causa ni del exilio ni de las razones que lo determinaron, pero el que México aparezca en la vida a consecuencia de ello, lo hace estar íntimamente ligado a estas dolorosas vivencias.

En segunda instancia y en forma mucho más relevante, está ligado a la VIDA, a la libertad, a la continuidad y al mantenimiento del núcleo familiar.

Asimismo es un lugar de enriquecimiento cultural, particularmente en lo específicamente mexicano ya que para los conosureños la cultura mexicana es paradigmática de la riqueza y la diversidad cultural indoamericana, que está lejos de sus culturas de origen muy signadas por influencias europeas diversas.

En cuanto a la migración, nuestros entrevistados tienden a atribuirle "toda suerte de calamidades". La migración es la responsable de conflictos y desavenencias familiares o entre los padres, indecisiones respecto a la elección profesional, problemas amorosos, cuestionamientos de la identidad, dificultades diversas en la comunicación, no sentirse adecuados, etcétera.

No creemos que la migración sea totalmente ajena a esta problemática, ya que sin duda la resignifica y le agrega matices específicos, pero tampoco pensamos que sea la razón única que determina los problemas mencionados.

El primer hecho que resalta para cualquier observador es que estos conflictos que se atribuyen masivamente a la migración son típicos de ese momento evolutivo en todas las sociedades occidentales, con o sin migración mediante. Todos los jóvenes se sienten "distintos", incomprendidos, todos tienen conflictos intergeneracionales y, por lo tanto, con sus padres; todos tienen dudas respecto al abanico, amplio o restringido, de sus posibilidades futuras, todos cuestionan y anhelan la sexualidad, todos, en suma, inauguran otro ciclo de la vida.

Otra razón para no atribuir a la migración toda la responsabilidad sobre estos problemas, al menos en el caso

de la población entrevistada, es que ninguno de nuestros jóvenes presenta un cuadro similar al descrito como estrés postraumático.

Han pasado alrededor de 15 años desde el exilio (hecho "traumático"); las historias de vida que relatan estos jóvenes no atestiguan daños permanentes o irreparables relacionados estrictamente con la migración como situación "traumática" aunque, sin duda, relacionados con ésta como contexto dramático, relevante y codeterminante de contextos personales, familiares y comunitarios específicos.

A pesar del trauma producido por la migración, la razón de estos sentimientos se debe también a los conflictos, a las dificultades de comunicación, a los secretos y a la mistificación de la historia por parte de los padres y otros miembros de la generación de ellos. Por una parte, la migración es un evento de enorme magnitud en la vida de las familias y los individuos que la componen y, como tal, marca intensamente a las personas que lo sufren. Pero también puede convertirse en un buen "depósito", pantalla de proyección para otros sucesos o sentimientos dolorosos y difíciles de elaborar. Por lo tanto, la ganancia secundaria de haber tenido que migrar es, a veces, el no tener que asumir responsabilidades por situaciones personales o típicas de un momento específico de una comunidad, o evolutivo de las familias, o de transformaciones en las parejas, o específico de la adolescencia.

Los jóvenes más conflictuados, o para quienes pensamos que sería útil una intervención terapéutica, fueron aquellos cuya estructura familiar,

acentuada tal vez por la migración, presentaba una problemática mayor en relación a la pareja de padres. Asimismo, había un manejo insuficiente y ambiguo de la información, en particular a la concerniente a las razones históricas y personales (de los padres) que determinaron la salida del P.O. y/o que obstaculizarían el retorno.

Nuestros entrevistados manifestaron muchísimo interés por conocer datos y anécdotas acerca de la infancia y juventud de sus padres, que les habían llegado siempre en forma recordada y confusa; sólo recientemente habían podido comenzar a preguntar y obtener respuestas abundantes y más satisfactorias respecto de estos temas.

Durante los largos primeros años del exilio y, por lo tanto de su infancia y primera adolescencia, la consigna explícita o implícita era “no preguntes”. Ellos imaginan esta primera etapa de la vida de sus padres como una época de paz, estabilidad y felicidad. Con una mezcla de idealización y curiosidad, piensan a sus padres viviendo despreocupados, activos y creativos; de un momento a otro, todo se transforma, aparece el peligro, la muerte, la violencia y la persecución. El destino y la estructura de la vida cambian y por ello tienen que migrar.

En general, los jóvenes disponían de muy poca información pertinente y veraz sobre las causas económicas, políticas y sociales que desencadenaron los procesos trágicos en el Cono Sur y la participación real que en ellos tuvieron sus padres. Aún en el momento de la investigación tenían versiones esquemáticas: “todos los militares son malos”, “todos los militantes

son buenos”, poco críticas y hasta un poco ingenuas acerca de lo que ocurrió y cambió el curso de sus vidas.

De ahí que, en la medida en que no tenían una secuencia histórica que explicara la aparición de la violencia y la necesidad de huir o migrar, atribuyeran este cambio a lo que ellos pudieron registrar como hechos radicales, observables y verdaderamente transformadores: el cambio de país, la migración. El exilio corta el hilo entre el pasado y el presente de las dos generaciones.

En general, todos los migrantes forzados cuentan poco su historia y cuando lo hacen ésta aparece parcelada, fragmentada y distorsionada. A sus hijos, nuestros jóvenes entrevistados, les dieron explicaciones fuertes pero a la vez vagas acerca de las razones de la salida. Por otra parte, ellos eran muy niños entonces. En el momento de la investigación algunos habían conseguido recopilar una versión oficial, también esquemática, que se quedó en la de aquel entonces, pero mistificada.

¿Será porque los adultos no sabían bien qué explicar? ¿Será porque aún ahora no saben bien qué explicar y explicar-se?

Las hipótesis que nos surgen ante estas preguntas son:

- a) El miedo natural a la persecución y a lo que ocurría en las dictaduras del Cono Sur.
- b) Proteger a los hijos-niños que a veces iban al P.O. a visitar a la familia. También, como en todos los casos de migrantes forzados, se les ocultó propositivamente información que pudiera ponerlos en peligro tanto a ellos

como a sus padres y conocidos. En muchos casos las familias de los militantes desconocían sus actividades y también en muchos otros la versión oficial que se dio a los parientes acerca de la salida del P.O fue que habían conseguido una propuesta de trabajo conveniente en México.

c) Cuando los hijos fueron creciendo, el silencio alrededor de estos temas y la consigna implícita de no preguntar estaban al servicio de no suscitar temas doloroso y también de no promover conflictos, contradicciones, cuestionamientos y confusiones tanto entre padres e hijos como en la pareja conyugal-parental. Paralelamente, en las frecuentes reuniones familiares y de amigos escuchaban a "los grandes" (adultos) mantener una y otra vez discusiones y pláticas sobre la situación del P.O., sus alternativas políticas y diferentes interpretaciones acerca de las consecuencias (para ellos, para algunos, para todos) de los diversos acontecimientos.

El tema del retorno-permanencia siempre conlleva un alto monto de ambivalencia. Después de varios años de estar en el P.R. retornar también es traicionar. Por un lado, los padres quieren volver y tienen buenas razones para ello pero, por el otro, también quieren quedarse y tienen buenas razones para ello. Ambas alternativas implican perder o renunciar a algo valioso para conservar, o recuperar, otros valores. Los jóvenes participaron de esta ambivalencia en la que podían, o no, coincidir con los deseos o decisiones de la pareja de padres o con la de uno u otro progenitor, ya que en muchos casos el padre era quien manifestaba

más necesidad de regresar, en tanto la madre se inclinaba a permanecer en el P.R. para no perder los logros obtenidos aquí.

Esta aguda y vital ambivalencia provocó en muchos jóvenes un doble conflicto de lealtades: entre el P.O y el P. R. por un lado y, por otro, entre ellos mismos y sus padres, o alguno de sus progenitores.

Muchos de estos conflictos, en un contexto de no-migración, se vivirían como un conflicto generacional típico de las discrepancias o diferencias entre los adolescentes y sus padres. De la misma manera, muchas de las diferencias que toda pareja tiene se vivieron, en estos casos, como una alternativa polarizada entre volver o quedarse, decisión extrema que alteraba toda la vida futura de la familia. Esto se relaciona con la hipótesis acerca de que la migración no sólo es fuente de conflictos y dificultades intrafamiliares y de pareja, sino que también los incrementa, o resignifica, o se utiliza como pretexto o pantalla de proyección.

También encontramos cierta relación entre las dificultades de los padres para explicar y explicar-se la complejidad de razones externas y personales profundas que determinaron la salida del P.O. y la posibilidad del retorno, por un lado, con la vivencia que, por otro, tienen muchos hijos acerca de que sus papás "se quedaron en el aire".

Nuestros entrevistados consideran que sus padres (particularmente los padres, no tanto las madres) frecuentemente utilizan el haberse vistos obligados a migrar como explicación úni-

ca o central de sus dificultades económicas, o de sus insatisfacciones personales o profesionales.

Con la expresión "se quedaron en el aire" se refieren a que los perciben como si se hubieran quedado suspendidos de un proyecto que sólo tenía vigencia allá, entonces, y con otra gente, y que no han conseguido transformarlo en un posible proyecto futuro. Por ejemplo, dicen que cuando escuchaban, y aún ahora a veces escuchan a sus papás conversar con amigos acerca del regreso, siempre se refieren a ello como el deseo del volver a *lo de antes*. "Lo de antes" sintetiza un conjunto de actividades, grupos humanos, "cafecitos", es decir un clima y una forma de vida que permanece idealizada en el pasado, aún cuando saben que hoy ya no existe tal cual.

Esta percepción que algunos hijos tienen de sus padres les provoca sentimientos encontrados: confusión y ambivalencia ya que, por un lado, los entienden con ternura y, por otro, les despierta enojo, ya que los sienten débiles e indecisos y dejados fuera tanto en las decisiones como en esos ámbitos centrales del mundo interno de sus progenitores.

Por otra parte, es importante destacar que estas parejas de padres eran, cuando llegaron al P.R., jóvenes y novatos.

En las culturas urbanas de clase media profesionalista del Cono Sur, al menos en esa época, las redes de pares, amigos, no necesariamente consanguíneos, proporcionaban la estructura central de red de crianza de los hijos así como del uso del tiempo libre. Los migrantes recién llegados

construían rápidamente redes de ese tipo ya que tenían necesidades similares, compartían la cultura y se veían entre sí como perteneciendo a un mundo y a un código-lenguaje similar desde el cual podían entenderse y apoyarse.

En esas condiciones es fácil deslizarse de la estructura de red a una de "ghetto". Las tres comunidades de conosureños (chilenos, argentinos y uruguayos) formaron "ghettitos" de conacionales y también puentes entre ellos. Dichos puentes se tendieron básicamente a partir de las escuelas a las que asistían sus hijos (no es casualidad que fueran a las mismas escuelas), en centros de educación superior, de investigación y demás lugares donde los adultos trabajaban, y también en ciertas unidades habitacionales que, además de tener ventajas económicas para los recién llegados, reproducían algunas de las características de su organización social previa.

Este ghetto, compuesto de los tres "ghettitos", tenía características particulares. A diferencia de los ghettos judíos y afroamericanos, no estaban contruidos desde fuera para impedir que sus habitantes se mezclaran con el resto, sino que más bien fue construido por los de dentro para permear la entrada de los afuera. Los "otros" que tenían libre acceso al ghetto debían poseer características destacadas en términos culturales, ideológicos y profesionales, de modo tal que los hicieran afines o similares a la forma en la que los de dentro del ghetto se percibían a sí mismos. Esta auto-percepción fue con frecuencia compartida por muchos mexicanos.

Además de prejuiciosa, esta conducta está intrínsecamente asociada al deseo de mantener la identidad, anhelo constante y permanente en todos los migrantes y, en particular, en los forzados y con expectativas de retorno.

Lo último no quiere decir que no compartieran la vida y cultura mexicanas, en especial todo lo que hace a la riqueza de sus artesanías, comida y tradiciones, que fueron vividas como algo particularmente gozoso y enriquecedor. Cuando llegaba gente del P.O. de visita, todo lo mexicano era mostrado y compartido con orgullo y agradecimiento.

De modo que estos jóvenes vivieron en estos ghettos toda su infancia y su primera adolescencia. Si bien fueron a escuelas mexicanas, con maestros mexicanos, y tenían algunos amigos mexicanos, la mayor parte de sus pares no lo eran.

Cuando terminaron la escuela secundaria y algunos de ellos la preparatoria se enfrentaron a tres situaciones ligadas entre sí y altamente significativas:

A) El tránsito a la democracia en los respectivos países de origen que determinó la posibilidad legal de retorno en los primeros años de los ochenta y la consecuente crisis en el seno de la comunidad y de cada familia, lo cual desencadenó interminables y conflictivas discusiones. Muchos vínculos, tanto de amistad como laborales, familiares y, en particular, de pareja, que sustentaban parte de su armonía compartiendo las vicisitudes del exilio, detonaron y magnificaron sus discrepancias o conflictos encubiertos ante la disyuntiva de retornar o permanecer definitivamente.

B) A partir de la posibilidad y el “permiso” de volver, mucha gente hizo incursiones de visita o de exploración, entre ellos los jóvenes. Para ellos, esta visita fue particularmente impactante ya que encontraron que el P.O. era y no era lo que ellos esperaban, daban por sentado y creían conocer. A la vez, al estar allá, percibieron con angustia que no se sentían iguales a los demás, ni eran percibidos por éstos como iguales, sino como mexicanos, diferentes, *bichos raros*. Cuando estaban en sus ghettitos atribuían el sentirse *bichos raros* al hecho de que, en su mayoría eran *gueritos*, (rubios) pero cuando estuvieron allá, entre puros *gueritos*, descubrieron que también allá eran distintos.

C) Volvieron a México cargados de estos sentimientos complejos y contradictorios. Encontraron que sus familias y sus ghettitos seguían en crisis y enfrentaron la entrada a la preparatoria o a la universidad, lo cual los ubicó en un mundo definitivamente diferente al del ghetto y la familia.

A estos tres factores se sumaron otros dos: el doloroso descubrimiento de que el ghetto no era igual al país de origen y la también dolorosa experiencia de tener que despedirse de los amigos entrañables que habían decidido retornar.

La salida del ghetto coincidió, además de con su característico momento evolutivo, con otros factores que contribuyeron a incrementar el sentimiento de “no soy ni de aquí ni de allá”. Sin embargo, asumir alguna de estas definiciones: “soy de aquí”, “soy de allá” y “soy de aquí y de allá”, no estaba totalmente en sus manos ya que por

su edad y por sus lazos afectivos dependían intensamente de las decisiones de sus padres y éstos, a su vez, de los avatares de las decisiones y sentimientos de los pares y la comunidad tanto en el P.O. como en el P. R.

En esa época desarrollaron una agudísima percepción del lenguaje analógico: formas de hablar, de vestirse, de usar el cabello, de moverse, etc., en su necesidad de reconocer si los que los rodeaban eran de aquí, de allá, o de aquí y allá. O sea, en su búsqueda de pares.

El saber o conocer acerca de algo implica, de alguna manera, poseer algo acerca de aquello que se conoce. El poseer algo es *ser* de alguna manera, tener alguna identidad, es decir, que el saber o no saber acerca de la mexicanidad o de las cosas del P.O. fue vivida como una forma de delatar la extranjería tanto en el P.O. como en el P.R.. En la medida en que no sabían, sentían que *no eran*, y que los demás los percibían como *no siendo*.

Las vivencias y sentimientos anteriormente descritos forman parte del mundo interno de todos estos jóvenes. La imposibilidad de elaborarlos y de arribar a síntesis enriquecedoras se relaciona con dos factores fundamentales:

a) La edad que tenían al salir-llegar a México. En términos evolutivos aquellos que salieron después de haber cumplido 5 ó 6 años traían consigo un bagaje personal y cultural considerable: dominio del lenguaje, iniciación en la lectoescritura, socialización y adquisición de pautas culturales por su pertenencia a la familia y a instituciones extrafamiliares (escuela, club, pa-

res, barrio) y un yo estructurado de acuerdo a la edad. Esto determinó que muchas zonas de su identidad, entre ellas, la nacional, fueran poco cuestionadas en lo profundo con el cambio de país, además de que el ghetto los reconfirmaba constantemente.

b) Las características de la estructura familiar. Un punto importante en relación a ésta es la solidez o falta de ella con que los hijos percibieron a los padres como capaces de mantener, proveer, decidir y guiar. En muchos casos, el cúmulo de tensiones promovidas por la migración y la sobrecarga en la pareja por tener que cumplir mutuamente las funciones que antes (allá) cumplían otras personas (familiares, amigos, compañeros de trabajo) determinaron la aparición de conflictos, desencuentros y recriminaciones. Esto, consecuencia lógica de la situación en que se encontraban, restó en muchos casos seguridad y confiabilidad a los hijos. Por otra parte, éstos percibían las dificultades de los padres y como solidaridad filial, amorosa, procuraban *no dar lata* y no crear más dificultades ni sentirse fuente de conflictos entre ellos. En otros casos algunos jóvenes tuvieron severas dificultades escolares o sociales como un intento de unir a la pareja de padres.

c) La posibilidad de metacomunicar. Por ejemplo, si los jóvenes que tenían miedo de dar lata hubieran podido hablar o ser escuchados, obtener respuestas y responder a ellas, posiblemente no se hubieran sentido segregados, poco queridos, pospuestos o sobrecargados. De la misma manera, si las posibilidades de separación

o divorcio de los padres hubieran sido vividas como menos amenazantes, como una difícil reorganización familiar y no necesariamente como una ruptura o destrucción del mundo, no se hubieran visto empujados a distintos rangos de acciones complicadas en un intento de solucionar o detener el conflicto. Queremos enfatizar que estas conductas son las particularidades que, en la migración, toman las alternativas de las relaciones de pareja y parentofiliales, pero que los dolores o dificultades que de ellas se generan pueden ser similares a otras, generadas en condiciones diferentes a la migración, consideradas habitualmente como normales.

Observamos que todos los jóvenes tenían fuertes sentimiento de pertenencia y amor a ambos países pero, como hemos visto, en muchos casos los conflictos de lealtades personales y familiares impidieron la legítima expresión de estos afectos. Esto les provocó inseguridad y confusión que se expresa de tres diferentes maneras:

1. En el intento de fusionar en un sólo cuerpo-sentimiento las vivencias e ideas relacionadas con los diferentes vínculos entre ambos países. Queremos resaltar las diferencias que existen entre fusionar, fundir, por una parte, y sintetizar, organizar, complementar, por la otra. Las primeras implican confusión, las segundas enriquecimiento.

2. Alternancia-ambivalencia constante entre la pertenencia a uno u otro de los países sin posible resolución del conflicto.

3. La decisión de perder o renunciar a uno de ambos países, única

alternativa visible para la resolución del conflicto.

Ninguna de estas tres alternativas es satisfactoria. Para lograr una cuarta alternativa, la de la síntesis integradora de los dos (o cuatro) polos del conflicto, es necesario tener una plataforma evolutiva suficiente como para desarrollar un pensamiento autónomo y complejo. Esto, a su vez, implica un buen grado tanto de diferenciación como de pertenencia respecto de sus padres.

En el proceso del logro de esta integración algunos jóvenes se reprocharon a sí mismos el intento de “*quedarse con lo mejor de cada país*”, como si existiera la posibilidad de quedarse sólo con lo rico y provechoso y no comprometerse con la complejidad de la ambivalencia. Sentían que tenían que procesar esta decisión en forma privada, personal. Contaban con poca información confiable por parte de los padres y se autopercebían como excluidos de las tomas de decisiones familiares. Algunos, ante esto, desarrollaron una especie de “gran respeto” por las razones que les daban sus padres. En realidad, este respeto, que también podía tomar la forma de un desapego exagerado, era la manifestación encubierta del enojo que les provocaba tanto la exclusión como el ser poco tomados en cuenta como los niños que fueron cuando, en la infancia, los trajeron a México.

De alguna manera percibían que para los padres, en particular los padres (varones), la verdadera vida seguía estando allá, en el P.O., o sea lejos de donde transcurría la suya propia (la de los jóvenes), lo cual incrementaba la

sensación de distancia afectiva entre ambas generaciones.

Por su parte, las madres (las mujeres), tal como lo ratifican otras investigaciones realizadas con grupos de migrantes y exiliados, consiguieron más rápidamente adaptarse en forma activa y formular proyectos viables de trabajo, estudio, inclusión en grupos, etc. Por supuesto, éste no fue un proceso fácil sino esforzado, a veces doloroso o sembrado de culpa y frustración pero, en suma, posible y gratificante.

Queremos reforzar la diferencia entre la experiencia de migración-exilio y la de migración-retorno. La primera, como afirmamos anteriormente, no fue siempre determinante sino co-condicionante de los conflictos intrafamiliares. En el momento en el que fue preciso pensar o discutir el posible retorno se provocó la exacerbación de la problemática familiar y, muy en particular, la de pareja. Su manifestación se expresó muchas veces en forma encubierta como la polarización extrema entre irse o quedarse, lo cual incrementó los conflictos de lealtades, manifiestos o implícitos, zonas de ambigüedad, mistificación y dificultades para individuarse, características éstas típicas de la adolescencia.

Para muchas de estas familias el hecho de tener que enfrentar esta decisión trascendental permitió que afloraran conflictos y disidencias larvados, pospuestos en gran medida por el gran paréntesis en el tiempo que impone lo impredecible de la duración del exilio; su negociación o solución posibilitó sin embargo la formulación de nuevos proyectos de vida, decisiones activas que, aunque difíciles, do-

lorosas, fueron finalmente positivas. Conocimos muchas parejas en las que alguno de sus componentes optó por quedarse y el otro por retornar, así como jóvenes que optaron por quedarse mientras sus padres regresaron y otros jóvenes que quisieron ir a vivir un tiempo en el P.O. para, desde ahí, poder tomar una decisión más definitiva. Existen otras diferentes posibilidades también.

Simultáneamente con estos procesos intrafamiliares e individuales tenían lugar otros sucesos en las redes de la comunidad de exiliados conosureños. La posibilidad legal de retornar determinó la explicitación o surgimiento de diferencias y, en algunos casos, rupturas entre quienes defendían a ultranza la necesidad y obligatoriedad de volver, los que preferían quedarse indecisos y aquellos que, tímida o manifiestamente, optaban por quedarse.

Así, se empezaron a crear diferencias entre redes familiares y redes de connacionales, aparecieron redes de amigos que no eran exiliados y algunos exiliados dejaron de ser amigos. Paralelamente los jóvenes, que tenían y siguen teniendo fuertes sentimientos de pertenencia y amor por ambos países, comenzaron a tejer sus propias redes en sus ámbitos propios, a diferencia de las redes de la infancia y la primera adolescencia, que habían sido creadas desde los padres y la comunidad de exiliados. El mundo de las familias y el mundo de los amigos comienzan ya a pertenecer a mundos distintos. El ghetto y los ghetitos sufren una profunda reestructuración.

El mundo interno de cada uno de nosotros se configura por la organiza-

ción e interacción de la pertenencia a diferentes redes y a diferentes mundos. Poder vivir estas distintas pertenencias como totalidad compleja y no como parcelas escindidas o aisladas es un proceso constante en el cual se va, y sigue, construyendo la identidad.

He aquí algunas expresiones que nos muestran cómo era la experiencia de nuestros entrevistados:

"No se pueden poner todas las historias en una sola historia".

"Todas las historias hay que aceptarlo, no encajan."

"Las historias son diferentes, pero tienen un hilo conductor que soy yo, el protagonista".

En relación a estos temas manifestaron mucha molestia con aquellas personas, familiares o no, que perseveraban en vivir sólo dentro del ghetto, en particular cuando se sentían enjuiciados por ellas por el hecho de darse la libertad de entrar y salir del ghetto.

¿Por qué la decisión de irse o quedarse en cualquier lugar en el que se ha vivido por mucho tiempo es tan compleja? ¿Por qué, aún cuando se ha vivido ese tiempo con el deseo y la esperanza de regresar, a la hora de las decisiones, la disyuntiva es tan penosa? Porque en ese mismo tiempo, precisamente hemos vivido, hemos interactuado, dado, recibido, creado, y por lo tanto nuestro *self* se ha ido constituyendo también con las cosas y los modos de ese lugar. Y al tener que separarnos de ese lugar sentimos la amenaza de perder trozos, zonas inefables de nuestro *self*. De ahí que la elección de irse o quedarse implique fundamentalmente la decisión acerca de qué duelo nos es más posible realizar.

Consideramos que la primera generación de exiliados conosureños en México sufrió un proceso de transculturación sin que por ello perdiera básicamente su cultura original. Conocer y legitimar estos procesos es parte importante de la tarea de ellos, así como de la de los agentes de salud que intervienen en diferentes momentos de la vida de éstos y otros exiliados.

Queremos alertar acerca del posible mal uso, peligro o mistificación de algunos de nuestros hallazgos, en particular el que se refiera a la importancia de la estructura familiar previa como codeterminante del grado de disfunción, patología o anomia que conlleva la migración forzada. Afirmamos que la familia es un factor central en la coconstrucción de las formas posibles de vida de los exiliados e hijos de exiliados y, por lo tanto, es responsable de la "felicidad-infelicidad", "éxito-fracaso", "adecuación-inadecuación", de los sujetos que la componen. Ahora bien, esto no quiere decir que los gobiernos, estados de turno, o sus respectivas instituciones y políticas puedan dedicarse a explotar, perseguir, torturar, asesinar o expulsar a sus miembros con el pretexto de que la responsabilidad y consecuencias de sus actos recaigan en la familia.

Finalmente, si bien es cierto que nuestra investigación se limitó a la población que describimos, pensamos que buena parte de estas consideraciones generales pueden ser extensibles a todo proceso contemporáneo de migración, particularmente aquellos forzados por acontecimientos histórico-político-religiosos.

Bibliografía

- Becker, D.; Díaz, M., *Trauma y proceso social: los hijos de perseguidos en Chile*, ILAS, Santiago de Chile.
- Boszormenyi-Nagy, I. (1983), *Lealtades invisibles*, Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Bottinelli, C., Troya, E. et al (1990), *Psychological Impacts of Exile, Salvadoran and Guatemalan Families in Mexico*, Georgetown University.
- Castillo, M. (1986), "Adolescencia y exilio", en: *Escritos sobre el exilio y retorno*, FASIC, Santiago de Chile.
- Castillo, M. e Piper Shafir, I., eds (1996), "Jóvenes y procesos migratorios: Nosotros perdimos la patria, ¿quedará siempre esa ausencia?", Ed. ILAS, Santiago de Chile.
- Elkaïm, M. (1989), *La práctica de la terapia de red*, Ed. Gedisa, Barcelona.
- Fishman, Ch. (1989), *Tratamiento de adolescentes con problemas: un enfoque de Terapia Familiar*, Paidós, México.
- Gergen, K. (1992), *El yo saturado: dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*, Ed. Paidós, Barcelona.
- Kovalskys, J. (1988), "Exilio y desexilio: una experiencia más de violencia", en: *Fuga, exilio y retorno: la salud mental y el refugiado*. Edit. Adrienne Aron/Committee for Health Rights in Central America. Estados Unidos. Archivo ILAS.
- Laing, Ronald, D. (1966), *Percepción interpersonal*, Ed: Amorrortu, Argentina.
- Pichon-Rivière, E. (1977), *El Proceso grupal*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires (1985). *Teoría del vínculo*, Ediciones Nueva Visión, Argentina.
- Rosemberg, F. (1994), "Redes sociales y migración". En: *Migración y salud mental: Manual para promotores y capacitadores*. Coord. Cristina Bottinelli. ILEF, México.
- Salamovich, S.; Domínguez, R. (1986), "Elementos de la experiencia psicológica del retornado: la instancia grupal, una respuesta de Salud Mental", en: *Escritos sobre el exilio y retorno*, FASIC, Santiago de Chile.
- Sluzki, C. (1980), "Migración y conflicto familiar", *Terapia Familiar*, 111(6) pp. 87-107, Buenos Aires.
- Troya, E. (1990), "Consecuencias Psicosociales de la Migración Forzada", en: *Psychological Impacts of Exile, Salvadoran and Guatemalan Families in Mexico*, Georgetown University (1997). "Parejas migrantes en el exilio: la pareja forzada", en: *Cambios estructurales de la pareja en el siglo XX*, Tesis de Maestría en Terapia Familiar, México.
- Von Foerster, H. (1991), *Las semillas de la cibernética*, Ed. Gedisa, Barcelona.
- Watzlawick, Paul (1991), *Teoría de la comunicación humana*, Ed. Herder, Barcelona.